



La promesa  
de Kamil Modráček

Réquiem por los cincuenta



Jiří Kratochvíl

Traducción del checo a cargo de  
Elena Buixaderas



IMPEDIMENTA



Título original: *Slit*  
Primera edición en Impedimenta: abril de 2013

© Jiří Kratochvíl, 2009  
Copyright de la traducción © Elena Buixaderas, 2013  
Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2013  
Benito Gutiérrez, 8. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

*Este libro ha contado con una ayuda a la traducción  
del Ministerio de Cultura de la República Checa.*



MINISTERSTVO  
KULTURY



CENTRO CHECO  
ČESKÉ CENTRUM

ISBN: 978-84-15130-42-0  
Depósito Legal: M-10763-2013

Impresión: Kadmos  
Compañía, 5. 37002, Salamanca

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Dedico esta novela a la memoria de mi madre,  
un personaje real de esta historia.*



## PRIMERA PARTE



## LA VILLA WAGENHEIM

Entonces tenemos que volver un poco hacia atrás. Brno, justo al comienzo de los años cincuenta. Ninguna maravilla, pueden creerme. Mi estudio en la calle Kounicova, hoy Leninova, se transformó en una oficina independiente del Departamento de Urbanismo del Ayuntamiento. Ya no era arquitecto, solo un oficinista volcado todo el día sobre una mesa de delineación. Y dentro de un colectivo laboral, sentado en una silla más en medio de filas enteras de otras mesas. Nuestra tarea común era, entre otras cosas, la ampliación de unos cuarteles en Židenice y la construcción de un bloque de pisos socialista, o más bien neoclasicista, en la calle Botanická. No conseguí acercarme a nadie de este colectivo ni entablar amistad porque para mí eran unos intrusos. Me habían quitado mi estudio y habían metido en él a otros seis individuos, de los cuales dos eran abuelos con gargajos, insignificantes arquitectos de la vieja escuela, con los que no me había cruzado nunca en los viejos tiempos en ninguna fiesta, ni en ninguna inauguración, ni en ninguna

*garden party*; morralla salida de alguna parte de la periferia social. Y los otros cuatro eran unos jóvenes arrogantes, que me daban a entender que ellos eran la generación de constructores de esas «ciudades del sol», que crecían por entonces como hongos. Éramos en realidad una especie de fábrica de proyectos de construcción, y para muestra baste comentar el hecho de que habían puesto a nuestro servicio a una pandilla de muchachas dibujantes (yo las llamaba «animadoras») que, como en una cadena de montaje, nos pasaban a tinta y papel de cebolla nuestros dibujos hechos a lápiz sobre cartulina. Abajo teníamos una portería con unas máquinas de fichar, y si se me hubiera ocurrido retrasarme tan solo cinco minutos, eso habría tenido consecuencias imprevisibles, que yo, con mi mancha de la época del Protectorado, no me habría podido permitir.

Esa mancha, sí, con eso debo empezar, se llamaba Villa Wagenheim y constituía también mi dudosa gloria arquitectónica. Tuve la oportunidad de elegir el lugar más apropiado para colocar el edificio, entre la Villa Reissig del arquitecto Leopold Bauer y la Villa Tesařová del arquitecto Bohuslav Fuchs, es decir, en plena calle Hroznová, un sitio otrora célebre por sus viñedos. Fue allí donde decidí construir mi peculiar *meisters-tück*: la Villa Wagenheim, la obra maestra del arquitecto Kamil Modráček.

*Jawohl*, saludos, Kamil Modráček, ese soy yo. El *gruppenführer* de las SS Günter Wagenheim no pudo disfrutar mucho de la villa a la que puso el nombre: dos años después de que se inaugurase la mansión, los propios nazis lo ejecutaron porque descubrieron que estaba implicado en un complot contra Hitler, e hicieron de la villa el tercer cuartel de la Gestapo en Brno (los otros dos estaban en la Villa Low-Beerová de Drobny y en la Facultad de Derecho). Y hoy residen allí tranquilamente unos insignes mandamases comunistas sin

que parezca molestarles que, en el plano de la casa, sobre todo a vista de pájaro, las cuatro alas dibujen una gigantesca cruz gamada. Sin embargo, cuando hace poco, durante los días de las fuerzas aéreas, un avión repleto de niños obreros despegó de Slatiny para realizar un vuelo sobre Brno, las azafatas vendaron los ojos a los niños con unos pañuelos negros que tenían preparados a tal efecto en cuanto se empezaron a acercar a Pisárky y casi sobrevolaban la Villa Wagenheim y, a un par de ellos a los que no les llegaron los pañuelos, les taparon los ojos con las manos.

Bueno, ¿dónde nos habíamos quedado la otra vez?, dijo el teniente Láška, y me quedé mirando cómo revolvía unos papeles para sacar de nuevo las mismas preguntas a las que en el transcurso de varios meses yo respondía una y otra vez. Tal vez esperaba que, a fuerza de repetir machaconamente las mismas preguntas, yo bajara la guardia y respondiera de otra forma, algo más desventajosa para mí.

¿Le dice algo el nombre del *gruppenführer* SS Günter Wagenheim?

Me dice.

¿Se encontró alguna vez con él?

Me encontré con él.

¿Una vez, dos, o más veces?

Creo que más.

¿Y se encontró con él en el edificio de la Gestapo en la calle Veverí o en su piso de los Jardines de Stalin?

Entonces no se llamaban los Jardines de Stalin sino Koliště, Deblingasse. Pero lo demás concordaba. Me encontré con él en el edificio de la Gestapo en la calle Veverí y también en su piso en Koliště.

¿Puede decirse que se encontraba con él a menudo?

Durante cierto tiempo (aunque no fue un periodo demasiado largo) me encontré con él bastante a menudo.

Pues no me diga que no sabía que tenía las manos manchadas de sangre de patriotas checos, que preparaba una lista de los que iban a terminar en el patíbulo, en el patio de la residencia de estudiantes de Kounicova. Y que, por tanto, se estaba citando con una bestia germánica.

No lo sabía.

¿Cómo es posible que no lo supiera, cuando se trataba con él con tanta confianza como para que se citaran en su piso?

Nunca hablamos de nada que no fuera la construcción de su mansión en Pisárky. Cuando necesitaba decirme algo sobre la casa enviaba a un contacto. Y si no estaba en el trabajo, en el edificio de la Gestapo en Veveří, el contacto me llevaba hasta su piso.

Vaya, ¿y a eso le llama usted trabajo?

Perdón, pero no he entendido su pregunta.

Ha dicho cuando no estaba en su trabajo... ¿Usted le llama trabajo a hacer una lista de los que tenían que ser ejecutados?

Bueno, ellos tenían una relación distinta a la mía con la palabra «trabajo», igual que con otras muchas palabras. Sabe usted perfectamente que en las entradas de los campos de concentración tenían el letrero que decía: *Arbeit macht frei*.

Así que, ¿pretende usted darme lecciones?

No lo pretendo.

Pues entonces respóndame a una pregunta fundamental: ¿por qué escogió como planta de la mansión una enorme cruz gamada?

Fue el deseo del *gruppenführer* SS Wagenheim.

Podía haberlo rechazado usted. Siempre es posible encontrar una disculpa técnica.

Cuando acepté el encargo tuve que hacerlo con todas sus consecuencias, o sea con el hecho de que la planta debía ser

una cruz gamada. Ya no me pude echar atrás. No era tonto, no se hubiera tragado ninguna disculpa. Y no podía rechazarlo si no quería poner en peligro la vida de mi hermana.

Ah, ya, la vida de su hermana, sonrió Láška. ¿Y qué pasaba con la vida de su hermana?

Mi hermana Eliška, pintora y diseñadora gráfica, cayó en manos de la Gestapo porque en su estudio y en su imprenta se imprimían panfletos. La encerraron y habría acabado en un campo de concentración o en el paredón. Así que fui a la Gestapo y allá que me condujeron delante de Günter Wagenheim. Pero él no quería hablar conmigo, y si no me hubiera ayudado el azar, la conversación habría acabado pronto. Casi estaba por irme cuando por la puerta entró una secretaria trayendo una noticia que al parecer el *gruppenführer* estaba esperando ansiosamente. Era judío, dijo la secretaria, y ya lo han gaseado.

Wagenheim gritó enfurecido: ¡Otro judío! ¿Qué pasa, que aquí todos los buenos arquitectos son putos judíos?

Así que me volví desde la puerta y le dije que yo no era judío y que sin embargo era un excelente arquitecto.

¿Es que le ha preguntado alguien? Pero me señaló una silla. ¿Y cómo sabe que es un excelente arquitecto?

Habría sido capaz incluso de decir que soy Albert Speer, si eso me hubiera dado la posibilidad de hablar más tiempo con él y luchar por la vida de mi hermana. Así que me arriesgué y me contuve: ¿Quiere construir algo? Hago de todo, desde casetas de perro hasta edificios de ópera, o estadios de hockey.

No necesito ni una caseta de perro, ni una ópera, ni un estadio, añadió.

Pero ya estaba claro que el estilo de nuestra comunicación había cambiado. Le había interesado. Y así fue como me enteré de que se quería instalar en Brno (era al principio del asunto de la Operación Barbarroja y aún había esperanza en la victoria del Reich) y de que ya había mirado un terreno en

la calle Hroznová, en la Traubengasse. Le ofrecí construirle allí la mansión más hermosa que jamás hubiera visto, y que por el proyecto no quería ningún honorario, solo que pusiera en libertad a mi hermana. Al principio pareció que iba a explotar de ira y a gritarme, pero entonces se calló un momento y luego dijo: Me informaré sobre usted.

Una semana después soltaron a Eliška, quedé con él y me puse manos a la obra. Diseñé una mansión para un oficial de la Gestapo, sí, pero salvé a mi hermana y a la vez evité el peligro de que durante las torturas ella dijera el nombre de los demás participantes en el asunto de los panfletos.

No me diga eso. La Gestapo no hacía esas cosas, dejar escapar a una víctima.

De verdad que soy un arquitecto excelente, esto estaba en un plato de la balanza, y en el otro estaban los locos de los panfletos.

Seguro que ya sabían que los panfletos no pertenecían a ningún grupo de la resistencia, que eran solamente unos idealistas inofensivos, pero aun así ejecutaban a decenas de ellos cada día. Liberaron a mi hermana y le pusieron vigilancia por si acaso. Y yo no me llevé ni una corona por hacer la mansión del *gruppenführer*, a pesar de que él insistió.

Pero construyó usted un edificio que es la vergüenza de la ciudad, porque su planta copia un símbolo nazi.

Esa casa se podría derruir, igual que se derruyó la Casa Alemana en la plaza del Ejército Rojo.

Bien sabe usted que es también una de las joyas arquitectónicas de Brno...

Pero el mismo edificio no puede ser a la vez una vergüenza y una joya de la ciudad.

¿Otra vez dándome lecciones?

Cuando justo después de la guerra alguien me quiso acusar por el trabajo que hice para el *gruppenführer*, enseguida se

presentaron los implicados en el asunto de los panfletos, a los que evidentemente salvé la vida, y ningún juez levantó un dedo contra mí, pero eso seguro que ya lo sabe.

A esos locos de los panfletos, como los ha llamado hace un momento, yo los dejaría estar. Dos están ya detenidos. Estaban preparando un golpe de Estado en colaboración con la central de espionaje americana. Pero aún quisiera preguntarle algo. ¿Cómo es que un arquitecto excelente como usted, utilizando su propia denominación, vive en un piso de mala muerte en un edificio de Běhounská? ¿Cómo es que no se construyó una casa en algún barrio de lujo? Todos los arquitectos la tienen (miró sus papeles y empezó a recitar nombres): Kalivoda, Kumpošt, Fuchs, Polášek, Kroha...

Entonces pensaba que el teniente Láška jugaba conmigo a una especie de juego. Tal vez no tenía otra cosa que hacer, así que se ejercitaba con material aleatorio: mi causa era una especie de divertido entrenamiento para él. Yo creía que me retenía solo por diversión. Había algunos indicios de ello. Por ejemplo, aunque estaba empleado en la Oficina de Urbanismo cerca del edificio del Ministerio del Interior de la calle Leninova, adonde eran llamados todos los que eran investigados por Seguridad Nacional, a mí me hicieron ir a propósito a la comisaría de policía de Běhounská, que caía bastante lejos de mi oficina. Pero, por otro lado, solo estaba a dos portales de Běhounská 3, en cuyo tercer piso vivía yo. Algo que no me sirvió de nada porque cuando me interrogaban lo hacían en horario de trabajo, así que luego tenía que volverme a la oficina. El teniente Láška me apuntaba en la hoja de permiso la hora y el minuto exactos de los interrogatorios. En la entrada de la Oficina de Urbanismo me esperaban las máquinas de fichar, fichaba al llegar y entregaba la hoja de permiso al

portero, que sin duda colaboraba con Seguridad Nacional, quien luego comparaba mi llegada con la hora de salida de la comisaría de policía. Y cuando sospechaba que el camino me había llevado demasiado tiempo me decía que lo tenía que justificar y que si me dedicaba a perder así mis horas de trabajo podría ocurrirme que un día me llevara una sorpresa. Yo sabía que no hablaba por hablar. No tenía ninguna posibilidad de subir a casa y confieso que en lo único que me entretenía era en pasar por Běhounská 3, y tocar el timbre de casa marcando el ritmo de una canción bastante famosa por entonces, para que mi mujer supiera que había sobrevivido al interrogatorio y que, de momento, todo iba bien.

En este punto, tengo que reconocer que aunque no me hacía la vida fácil, este juegucito de los seguretas me resultaba casi simpático. Bueno, tampoco voy a exagerar. Quiero decir que no me molestaba excesivamente. Incluso servía para humanizar al teniente Láška. *Ludo, ergo sum*. Si ese cabrón tenía la capacidad de jugar conmigo como lo hacía, no debía de ser tan ogro, me decía a mí mismo, así que lo peor que puedo temer es que me tome el pelo un par de veces más y que se siga divirtiendo a mi costa como hasta ahora. Pues que te lo pases bien, segureta de mierda, siempre que no hagas algo despreciable. Incluso me lo hicieron entender de este modo, solo que al final todo fue mucho peor de lo que me esperaba. No tenía ni idea de dónde me estaba metiendo.